

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traído.

D. DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á don Carlos.*) ¿Qué dices? De veras, ¿ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Porque estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á V. ley, y le quiere bien, y...

D. DIEGO.

A ti no te pregunto nada. ¿Porque has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Porque te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

D. CARLOS.

No señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que V. me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mío, sácame de este afán.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que...

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá, (*Asiendo de una mano á don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

D. CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumisión á V. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. DIEGO.

¿Y que otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas señor.

D. DIEGO.

¿Pues que desgracia era aquella de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á V. en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

¿No hay mas?

D. CARLOS.

No señor.

D. DIEGO.

Míralo bien.

D. CARLOS.

No señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quien ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar.... Vamos.... Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere V., tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede V. creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus

soldados. El Rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

D. CARLOS.

Bien está, pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de V. no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz, y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que V. ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, sí...

D. DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. V. no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamocho.*) y con las maletas al meson de afuera... V. (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocho.*) tú buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdame tú... (*A Simon.*) ¿Que dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas. (*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*)

D. DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocho.*) ¿No he dicho que ha

de ser al instante?... Volando. Y tú (*A Simon.*) vé con él, ayúdame, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

D. DIEGO.

Tome V. (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino.... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretexto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. CARLOS.

Sí señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

D. CARLOS.
Si señor, haré lo que V. manda.

D. DIEGO.
Muy bien... A Dios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré también cuando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CARLOS.
¿Pues qué hice yo?

D. DIEGO.
Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CARLOS.
Quede V. con Dios.
(*Hace que se va y vuelve.*)

D. DIEGO.
¿Sin besar la mano á su tío, eh?

D. CARLOS.
No me atreví.
(*Besa la mano á don Diego y se abrazan.*)

D. DIEGO.
Y dame un abrazo por si no nos volvemos á ver.

D. CARLOS.
¿Qué dice V.? No lo permita Dios.

D. DIEGO.
¿Quien sabe, hijomío? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. CARLOS.
No señor, ahora no.

D. DIEGO.
Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de orden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

D. CARLOS.
No señor, en mi vida.

D. DIEGO.
Cuidado con eso.... Con que, buen viaje. Y no te acalores: jornadas regu-

lares y nada mas... ¿Vas contento?

D. CARLOS.
No señor. Porque V. me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO.
No se hable ya de lo pasado.... A Dios...

D. CARLOS.
¿Queda V. enojado conmigo?

D. DIEGO.
No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me des que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

D. CARLOS.
No lo dude V.

D. DIEGO.
Como oficial de honor.

D. CARLOS.
Así lo prometo.

D. DIEGO.
A Dios, Carlos. (*Abrazándose.*)

D. CARLOS. *aparte, al irse por la puerta del foro.*

¿Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribirselo, que.... Despues de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva es.

(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

RITA.
Mucho silencio hay por aquí.

D.ª FRANCISCA.
Se habrán recogido ya.... Estarán rendidos.

RITA.
Precisamente.

D.ª FRANCISCA.
¡Un camino tan largo!

RITA.
¡A lo que obliga el amor, señorita!

D.ª FRANCISCA.
Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

RITA.
Y deje V., que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... ¡El pobre don Diego qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea V. qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

D.ª FRANCISCA.
Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

RITA.
Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo también la cabeza... Voy por él.
(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

D.ª FRANCISCA.
¿A qué vas?

RITA.
El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

D.ª FRANCISCA.
Sí, tráele, no empiece á cantar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y vé con cuidado, no despierte mamá.

RITA.
Si, mire V. el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton que rechina, que...

D.ª FRANCISCA.
Te puedes llevar la luz.

RITA.
No es menester, que ya se donde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.
SIMON, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

D.ª FRANCISCA.
Yo pensé que estaban Vds. acostados.

SIMON.
El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavia no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

D.ª FRANCISCA.
¿Que gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.
Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

D.ª FRANCISCA.
¿Los arrieros?

SIMON.
No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

D.ª FRANCISCA.
¿Quienes dice V. que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

D.^a FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Sí señora, ahí en ese cuarto.

D.^a FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

D.^a FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa: abre la puerta del cuarto de don Carlos y vuelve.*)

D.^a FRANCISCA.

¡Ay que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje V., que todavía no creo lo que he visto.... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿como podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

D.^a FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Sí señora. Los dos.

D.^a FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

D.^a FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

D.^a FRANCISCA.

Indigno!.. ¡Hombre indigno!

RITA.

Señorita!

D.^a FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprendible... Si no alcanzo á discurrir que motivos ha podido haber para esta novedad.

D.^a FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

D.^a FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto?; Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fue con otro designio, no me parece natural.... Celos... ¿Porque ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

D.^a FRANCISCA.

Te causas en vano. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

D.^a FRANCISCA.

Sí, vámonos.... Vamos á llorar.... ¡Y en que situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Sí señora, ya lo conozco.

D.^a FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quien? Conmigo.... ¿Pues yo mereci ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cual es mi delito, cual es?

(*Rita coge la luz, y se van entrámbas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se.... ¡Como ronca este!.. Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oír á don Diego se incorpora y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

¿Que estaba V. ahí, señor?

D. DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion. Di que has dormido como un pobre hombre, que no

tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice V. bien.... ¿Y que hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido.... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si V. viera que apesadumbrado le dejé ¡que triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

¿No ves que venida tan intempestiva?